

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2022

VICENTE VALLÉS

OPERACIÓN KAZÁN



ÁMBITO
CULTURAL


ESPASA

VICENTE VALLÉS
OPERACIÓN KAZÁN



© Vicente Vallés, 2022
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.901-2022
ISBN: 978-84-670-6368-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE
LOS VIEJOS ESPÍAS
(EDWARD)

FISERV FORUM, MILWAUKEE (WISCONSIN), 16 DE AGOSTO
(81 DÍAS ANTES DE LAS ELECCIONES)

Hombro con hombro. Cada delegado compartía su escaso territorio con varios delegados más que pugnaban por ocupar el mismo espacio. El Fiserv Forum es un moderno pabellón deportivo al que suelen acudir cerca de dieciocho mil personas para disfrutar de los partidos del equipo de baloncesto Milwaukee Bucks, una de las franquicias de la NBA. Es, por tanto, un lugar de amplitud generosa. Pero todos los presentes aspiraban a situarse en una misma ubicación frente a las cámaras de televisión. El país entero asistía al momento. El mundo tomaba nota del evento político que cada cuatro años se apodera de los programas informativos y de los grandes titulares de la prensa.

—Conforme a las normas establecidas para esta convención nacional del Partido Demócrata y escuchados los aspirantes a la candidatura a la presidencia de los Estados Unidos de América, procedemos a la votación para elegir al nominado, que será nuestro próximo presidente.

Aplausos y gritos guturales acompañaron a Claire Maher, mientras asumía el honor de dirigir la votación de la candidatura del partido para mantener el control del Despacho Oval, después de que ocurriera algo muy poco común: que un presidente, Jeremy Williams, decidiera no presentarse a la reelección. Desde su llegada al cargo, se sospechaba que Williams podría ser presidente de un único mandato porque alcanzó la Casa Blanca cuando ya tenía setenta y ocho años. Su victoria en las elecciones de 2020 se había producido al conformarse

una amplia coalición social, desde la derecha moderada hasta la extrema izquierda, para derrotar a Richard Banks. La actitud impetuosa, arrebatada e impulsiva de Banks extremó las posturas políticas en un país que ya se había dejado llevar por el radicalismo en los años anteriores a su presidencia. Los votantes expulsaron a Banks del poder, y ahora Williams también sería presidente de un solo mandato, aunque en esta ocasión por propia voluntad, no por perder en las urnas. Ya tenía ochenta y dos años y consideraba que había cumplido con la principal misión que se propuso cuando compitió por la Casa Blanca: desmontar el legado de su antecesor. También pretendía calmar al país y relajar la tendencia a la polarización, que mostró su rostro más delirante en el asalto al Capitolio en enero de 2021. La democracia se tambaleó aquel día, ante el ataque de miles de fanáticos que no aceptaban la caída de su líder. En cualquier caso, esos eran objetivos demasiado ambiciosos para un tiempo tan corto como los cuatro años que dura un periodo presidencial.

—Es un honor para mí empezar la votación por los delegados del Partido Demócrata en el gran estado de Alabama —anunció Maher ante sus compañeros para dar inicio al proceso de elección.

Más aplausos. Los sesenta delegados de ese estado sureño repartieron sus votos, otorgando una mayoría clara a Nathalie Brooks. Era la primera de una serie de victorias parciales, estado a estado, que elevarían a la gobernadora de Arizona a la categoría de nominada demócrata. El resultado venía dado desde hacía algunas semanas, cuando a finales de mayo su rival, Rachel Brady, vicepresidenta de los Estados Unidos con Jeremy Williams y primera mujer negra en alcanzar un cargo de ese nivel, perdió toda opción de conseguir el necesario número de delegados en la convención. Las elecciones primarias del partido habían sentenciado a Brady casi desde que perdió en el estado de New Hampshire. Según la tradición, pocos aspirantes levantan el vuelo si han sufrido un duro golpe cuando en pleno invierno se inician las votaciones en las frías y nevadas tierras del noreste. Pero Brady insistió e insistió, hasta que se agotaron sus fuerzas y, sobre

todo, sus fondos. Las bases demócratas querían a Brooks. Las de Alabama, las primeras. Las demás, después. Y las élites políticas y económicas opinaban lo mismo.

El Partido Demócrata había elegido como escenario de su convención nacional la ciudad de Milwaukee porque es la más importante de Wisconsin, y este es uno de los estados que en anteriores elecciones presidenciales se ganaron o perdieron por una mínima diferencia de votos. El empresario Banks se había convertido en 2016 en el presidente Banks gracias, entre otros motivos, a su victoria en Wisconsin por menos de veintitrés mil votos de diferencia con respecto a su rival. Y el expresidente y exsenador Williams se había convertido en 2020 en el presidente Williams al conseguir allí una ventaja de apenas veinte mil votos sobre su contrincante, el presidente Banks.

Ahora, los demócratas querían lanzar una campaña masiva en Wisconsin, Michigan, Ohio y Pensilvania para evitar que, una vez más, un puñado de votos en un puñado de estados les arrebatara el poder.

—Continuamos con la votación para nominar a quien confiamos en que será nuestra próxima presidenta.

Los delegados ovacionaron el optimismo de la encargada de gestionar el proceso de elección de la candidata demócrata. Delegación a delegación, los votos evidenciaron la clara victoria de Nathalie Brooks, lo que permitió a la aspirante derrotada hacer un gesto político, muy del gusto de la concurrencia. Cuando llegó el turno de los delegados de California, el estado de la perdedora, Rachel Brady pidió la palabra. Se le entregó el micrófono y habló para la convención, para el país y para la historia.

—Señora secretaria —dijo Brady con tono sereno y sabiendo que su intervención quedaría para siempre en las hemerotecas y en YouTube—. En representación del gran estado de California, agradeciendo la dedicación de todos aquellos que han trabajado en mi campaña, con espíritu de unidad, con fe en nuestro partido y en nuestro país, declaremos juntos, con una única voz, que Nathalie Brooks será nuestra próxima presidenta.

Brady elevó la intensidad de su voz en las palabras finales. Era el reconocimiento a quien había vencido y lo presentó ante la convención como un gesto generoso, en pos de la hermandad interna del partido y de los deseos de todos, incluidos los suyos, de conservar la Casa Blanca. De paso, era también un primer intento de seguir siendo una figura determinante en el futuro inmediato, a pesar de su descalabro en las primarias. Pronunciar aquellas palabras y quedar como una patriota de partido no había sido tan difícil en comparación con el dolorosísimo proceso sufrido, de derrota en derrota, a lo largo de los duros meses de las elecciones primarias. Asumir su fracaso le había costado largas noches de insomnio, en la soledad de las habitaciones de hotel de todo el país, llorando hasta el amanecer mientras se preguntaba por qué las bases la rechazaban, cuando antes de iniciar la carrera por la nominación era considerada la candidata inevitable. ¿Cómo podía perder la nominación a la presidencia quien era una magnífica vicepresidenta de Estados Unidos y contaba con el apoyo del propio presidente? No tenía rival. Es lo que parecía. Y por eso la caída resultó tan dura. Pero, en el momento final, llegada la convención nacional, había que asumir el papel histórico de unir al partido en torno a la vencedora, aunque sintiera odio por ella al haberle arrebatado lo que consideraba suyo. Quizá el futuro le reservara aquello de lo que se creía merecedora. El poder. El poder absoluto.

Las lágrimas se derramaron sobre las mejillas de muchos delegados que soñaron con una presidenta Brady. También, por las mejillas de aquellos que conformaban su equipo de campaña y que ahora sufrían las consecuencias de su fracaso. Atrás quedaba la aspiración de ocupar los despachos destinados a los fontaneros de la Casa Blanca. Brooks y los suyos se los habían arrebatado con una estrategia brillante desde las primeras votaciones en los *caucus* de Iowa, allá por el mes de febrero. Y ahora recogían la cosecha.

—Señora secretaria —continuó el alegato de la vicepresidenta y candidata derrotada Rachel Brady—, solicito que se suspenda el procedimiento habitual y, por tanto, la votación, de manera que la gobernadora Nathalie Brooks del gran esta-

do de Arizona sea elegida por aclamación como nominada del Partido Demócrata para ser la presidenta de los Estados Unidos.

El Fiserv Forum estalló en aplausos mientras la secretaria, Claire Maher, agradecía el gesto de unidad de Brady y certificaba que Brooks sería elegida por unanimidad, sin necesidad de sumar votos, para no evidenciar aritméticamente el resultado de la contienda ni el grado de derrota de la candidata perdedora.

Los ojos de Rachel Brady se humedecieron cuando terminó su intervención y devolvió el micrófono a un ayudante. La vicepresidenta había conseguido con mucho esfuerzo mantenerse serena durante el discurso en el que aceptaba su capitulación y entregaba la gloria a su rival. Hacía un año que el presidente Williams había llamado a su vicepresidenta al Despacho Oval.

—Querida Rachel —dijo el presidente en aquella reunión, en el verano de 2023—, no me presentaré a la reelección. Quiero que tú seas la candidata del Partido Demócrata, que ganes las elecciones de noviembre de 2024 y te conviertas en la primera presidenta afroamericana. Será un hito histórico para Estados Unidos y mi mejor legado.

Pero ahora, el sueño se desvanecía y la templanza que Rachel Brady trataba de reflejar con su actitud generosa no representaba el sentimiento que realmente la torturaba por dentro.

Por el contrario, Nathalie Brooks mostraba el sosiego propio de quien acaba de terminar una jornada rutinaria en la oficina, o como quien asiste a un acontecimiento que considera perfectamente predecible. Tal era su seguridad en la victoria.

Brooks no estaba en la sala. Aguardaba el momento de gloria en la habitación de un hotel cercano, rodeada de sus colaboradores. Todos juntos veían por televisión aquel momento histórico mientras aplaudían y gritaban. Todos, salvo Brooks, que mantenía la mirada en la imagen que ofrecía el televisor con gesto serio y con la mente ocupada en sus recuerdos.

—Aquellos que voten a favor de la gobernadora Brooks que digan sí —propuso Claire Maher a la multitud de delegados, y su petición fue respondida con una afirmación masiva, una explosión de ruido y lanzamiento de globos al viento, mientras los realizadores de las cadenas de televisión mostraban planos generales de la masa fervorosa y planos cortos con las lágrimas de muchos delegados, emocionados con la escena y ansiosos por confirmar que una demócrata seguiría al frente de la Casa Blanca.

En ese momento de euforia y bullicio, las pantallas del pabellón mostraban el rostro de Rachel Brady, la patriótica vicepresidente de Estados Unidos que había sacrificado sus aspiraciones por un bien mayor. Una leve sonrisa, muy trabajada en las largas horas de ensayo con sus asesores de imagen, iluminaba su rostro. Pero en aquel instante, la cara no reflejaba los verdaderos sentimientos que la perturbaban.

—Por tanto —alzó la voz Maher para hacerse oír en medio del alboroto general—, tal y como exigen las normas, más de dos tercios de los delegados han votado sí. ¡Se aprueba la moción por aclamación!

Ya nadie preguntó si había votos en contra. La música al máximo volumen se expandió por la gran sala del pabellón deportivo mientras Nathalie Brooks se ponía en pie en su habitación de hotel para recibir los besos y los abrazos de sus asesores. Ahora sí sonreía, aunque con moderación. Para la ocasión, había elegido un impecable e inmaculado traje blanco, de pantalón y chaqueta sobre blusa azul celeste, y unos zapatos a juego de tacón moderado. Su cuello estilizado lucía una fina cadena de plata de la que colgaba un anillo que perteneció a su padre. Nathalie lo llevaba en todos los acontecimientos importantes de su vida. Esta vez, su media melena de color castaño claro estaba libre por recomendación de su peluquera. «Señora, no se recoja el pelo hoy. Es su gran día. Deje que vuele», le dijo la estilista con ínfulas filosóficas.

Brooks pidió silencio a los suyos y, mientras se oía de fondo el ruido de la convención que emitía el televisor, lanzó el nuevo reto:

—Ahora, a por la victoria en noviembre.

La *suite* del hotel se convirtió en un jolgorio desmedido. El objetivo final estaba más cerca. Si habían sabido vencer en las primarias nada menos que a la vicepresidenta, serían capaces de doblegar al aspirante republicano. Se veían ya en la Casa Blanca.

En el gran recinto deportivo, y rodeada de miles de personas, Rachel Brady aplaudía ante las cámaras de televisión, ante el mundo y ante la historia, pero con todo el dolor del alma. El maquillaje aguantaba con dificultad las gotas de sudor que empezaban a deslizarse desde su frente. Su chaqueta azul estaba salpicada por los papelitos de colores que arrojaban los delegados. El pelo, ceñido en una cuidada coleta, dejaba ver unos discretos y elegantes pendientes, regalo del presidente Williams. No le habían dado suerte, pero ella se los quiso poner a pesar de todo. Era una muestra de agradecimiento hacia su mentor. Williams lo había intentado. Ella había fracasado. Y, antes de que las lágrimas afloraran, lanzó un beso al aire con la última sonrisa impostada que aún le quedaba en la reserva, dio media vuelta y se perdió escaleras arriba hasta desaparecer por una de las puertas. Al cabo de unos pasos muy acelerados, su secretario se acercó a la carrera.

—Señora, tiene una llamada en su teléfono personal.

—¿Quién es? —respondió Brady incómoda, de mala gana, sin volver la cabeza y manteniendo el ritmo de sus zancadas.

—No lo sé, señora. Solo pone N.

La vicepresidenta de Estados Unidos giró, entonces sí, la cabeza hacia su asistente con una mueca de sorpresa. No es que no lo esperara, pero la escena que acababa de protagonizar había ejercido un efecto de desconexión en su cerebro y le impedía tener presentes las cuestiones de puro procedimiento y costumbre. Era lógico, pensó, que Nathalie Brooks llamara para agradecer la iniciativa de renunciar a la votación por la unidad del partido y en apoyo a la ganadora. Rachel Brady hizo una señal a su ayudante para que le entregase el móvil y le pidió que se apartara. Esperaba que la charla fuese de pura cortesía y durase apenas unos segundos. Quería, cuanto antes, dejar atrás lo vivido y lo sufrido. Respiró con

profundidad antes de responder para evitar que la voz quebradiza reflejara su ánimo abatido por la derrota.

—Hola, Nathalie, enhorabuena. Serás una gran presidenta —se adelantó Brady sin dar tiempo a su interlocutora a pronunciar una sola palabra.

—Gracias, Rachel —respondió, algo sorprendida por las prisas que parecía tener su rival—. Sé que este es un momento difícil para ti. Pero te quiero agradecer el gesto de renunciar a la votación para unir todas las fuerzas del partido en mi candidatura. Eso engrandece tu figura política para el futuro. Y de eso quiero hablar contigo. Del futuro.

—Eres muy amable, pero solo hice lo que debía y ahora el futuro es tuyo. Te deseo mucha suerte. Adiós, Nathalie.

Brady pretendía cortar la llamada casi con brusquedad, porque su deseo era que aquella conversación telefónica terminara cuanto antes para marcharse al hotel y vivir su desgracia en soledad. Pero la vencedora aún no había terminado.

—¡Un momento, Rachel!

—Nathalie, tengo prisa. Me espera mi familia. He de colgar —contestó con tono cortante y hasta desagradable.

—Dame solo treinta segundos y luego decides si te vas con tu familia o vienes a verme.

—¿A verte?

Nathalie precipitó su respuesta a esa pregunta porque temía que Rachel colgara el teléfono y buscó el registro de voz más institucional para hacer su oferta.

—Quiero que sigas siendo la vicepresidenta de los Estados Unidos. Te ofrezco que seas mi candidata a la vicepresidencia. —Brooks pronunció esta última frase con la solemnidad debida.

A Rachel Brady se le paralizó el rostro, notó que sus terminaciones nerviosas se erizaban y tuvo la pulsión inmediata de responder que no. Y también sintió otra pulsión mucho más intensa, pasional y humana: la de insultar a Nathalie. Pero la experiencia le hizo guardar silencio. En sus largos años de ejercicio de la política había aprendido a pensar una respuesta dos veces antes de verbalizarla, por muy clara que

pudiera tenerla en un primer momento. No quería ser la compañera de *ticket* electoral de Nathalie Brooks. De hecho, si pudiera hacer lo que de verdad deseaba, iría en ese momento a la habitación de su rival no para responder a su propuesta, sino para matarla. Pero su cerebro empezó a funcionar a mil revoluciones, como lo hacía siempre en los grandes momentos. Y ese cerebro tan bien entrenado ordenó hacer una pausa reflexiva. ¿Por qué no? ¿Qué tenía que perder?

—Deberíamos vernos ahora mismo y en un lugar discreto. —Nathalie rompió el silencio que se había adueñado de la conversación en los últimos tres segundos.

—La habitación de mi secretario es el lugar más discreto que se me ocurre en este momento —recomendó Rachel, todavía confusa y aturdida, mientras trataba de adecentarse la coleta por si se le hubiera escapado algún cabello suelto ante tanto movimiento.

Brady dio a Brooks las instrucciones para llegar hasta esa habitación sin levantar demasiado revuelo. Allí se encontrarían diez minutos después. Brady aceleró de nuevo, dirigió los pasos de su ayudante y ambos llegaron a la *suite* a tiempo. Segundos después, Brooks llamó a la puerta. Dos agentes del servicio secreto se quedaron fuera departiendo con otros agentes que protegían a la vicepresidenta Brady.

Estaban solas. Al fondo del salón había un gran ventanal con vistas a la ciudad, aunque en ese momento las cortinas estaban corridas para asegurar la discreción. Un elegante tresillo en tonos pastel se apoyaba en una de las paredes, junto a una mesa baja y dos sofás que parecían cómodos, pero que no utilizaron. Nathalie dio el paso de besar a Rachel en la mejilla. Rachel, fría y distante, apenas se movió. Estaban de pie, a menos de un metro de distancia, cara a cara.

—¿Sabes desde cuándo no ocurre que el ganador de una convención demócrata lleve en su candidatura a la vicepresidencia a quien perdió y que ambos juntos ganen después las elecciones? —retó Rachel a Nathalie con una pregunta que obligaba a conocer bien la historia del partido.

—Desde que Kennedy se la ofreció a Lyndon Johnson en el hotel Biltmore de Los Ángeles, la mañana del 14 de julio

de 1960 —respondió Nathalie sin pestañear y sorprendiendo a Rachel, que pretendía poner a su contrincante en un aprieto—. Aunque tardó en ofrecerle el cargo más de lo que yo he tardado en ofrecértelo a ti. Kennedy llamó a Johnson un día después de conseguir la nominación. Yo solo he dejado pasar un minuto.

—¿Sabes lo que cuentan sobre aquella oferta? —Rachel no tenía intención de perder ese pugilato con Nathalie—. Dicen que Kennedy odiaba a Johnson y que la planteó para quedar bien con el partido, porque estaba convencido de que Johnson no aceptaría. Pero aceptó.

—Yo no te odio, Rachel. Y espero que tú no me odies a mí.

—Ha pasado mucho tiempo desde 1960, Nathalie. Ni tú ni yo habíamos nacido. Esas cosas ya no se estilan. No sé si nuestros compañeros de partido lo entenderían. Y, lo más importante: no sé si los votantes lo entenderían.

—Si vienes conmigo, la unidad del partido estará asegurada. Y si el partido está unido, los votantes nos seguirán. Yo aportaré una imagen de cambio en lo que es necesario cambiar, y tú representarás la continuidad en lo que es imprescindible mantener de la administración actual. Un *ticket* Brooks-Brady solo puede ser un *ticket* ganador.

Rachel ya había tomado su decisión antes de iniciar esa charla. Fueron suficientes los diez minutos de reflexión de los que dispuso entre la breve conversación telefónica y la reunión en aquella *suite* de hotel. Alargando la reunión solo pretendía situar su respuesta en el marco político y personal adecuado a la importancia del momento. Pero faltaba algo para completar la representación.

—Dame un minuto y te daré la respuesta. Necesito hacer una llamada —dijo Brady mientras se encaminaba hacia el dormitorio de la *suite* y cerraba la puerta a su espalda.

En realidad, eran dos llamadas. Una, al presidente de Estados Unidos. No buscaba su aprobación. No la necesitaba. Era una mujer libre para tomar sus decisiones. Pero sí quería que Williams fuese la primera persona en conocer lo que iba a ocurrir. Después llamó a su marido. En este caso, confiaba en tener su comprensión. Y la obtuvo.

Pasados unos minutos que parecieron eternos, se abrió la puerta y Rachel regresó al salón. Nathalie estaba junto a la ventana, observando el paisaje urbano. Se volvió de inmediato y esperó.

—Acepto la candidatura a la vicepresidencia de los Estados Unidos —dijo Rachel, mirando fijamente a los ojos de Nathalie, pero sin siquiera esbozar una leve sonrisa.

Nathalie dio un paso y abrazó a Rachel con fuerza. Ambas rieron, entonces sí, con aparente felicidad, intercambiaron carantoñas y disimularon que se les saltaban las lágrimas, tratando de frenarlas con las yemas de los dedos para que no arruinaran su cuidado maquillaje. Rachel llamó de nuevo a su marido y le pasó el teléfono a Nathalie para que se saludaran. Después, hicieron lo mismo con el marido de Nathalie y con el presidente de Estados Unidos. De inmediato, avisaron a los responsables de la convención y del partido para que la noticia se difundiera y ocupara todas las horas de televisión y radio, y todo el espacio disponible en los periódicos. Nathalie Brooks y Rachel Brady se odiaban tanto como en los años sesenta se odiaron John Kennedy y Lyndon Johnson. Y ellas se necesitaban igual que se necesitaron ellos.

Rachel Brady tenía cincuenta y nueve años. Era la primera mujer vicepresidenta de la historia. Era, también, la primera mujer negra que alcanzaba ese cargo. Soñaba con ser algún día la primera presidenta negra y, con esta nueva expectativa, quizá el sueño se podría cumplir a largo plazo. Nathalie Brooks tenía sesenta y siete años. Desde hacía seis era la gobernadora demócrata de un estado sureño y tradicionalmente republicano como Arizona. Ese era su gran mérito: ganar en un territorio en el que en los últimos cincuenta años solo dos candidatos demócratas habían conseguido vencer a sus rivales republicanos en unas elecciones presidenciales.

Terminaba así uno de los dos días que debían cambiar el signo de los tiempos. El primero, la nominación de la candidata. El segundo sería en noviembre, cuando los americanos habrían de elegir entre esa candidata demócrata o elevar al poder al aspirante republicano: el hijo mayor del expresidente

Banks, Richard Banks II. Una batalla política para matar o morir. Todo o nada.

FISERV FORUM, MILWAUKEE (WISCONSIN) 17 DE AGOSTO
(80 DÍAS ANTES DE LAS ELECCIONES)

Hay tres momentos especialmente mágicos para un político norteamericano. El primero de todos es el discurso a las espaldas del Capitolio, frente al Mall de Washington, el 20 de enero del año en el que toma posesión de la presidencia. Nada puede superar ese instante en el que el presidente electo se convierte en presidente en ejercicio cuando, siguiendo una tradición secular, pronuncia su nombre completo y procede a jurar solemnemente, con la mano derecha sobre la Biblia y ante el máximo representante de la Corte Suprema de la nación, que cumplirá con las obligaciones del cargo y preservará, protegerá y defenderá la Constitución de los Estados Unidos.

El segundo momento más importante es el discurso que pronuncia dos meses antes, la noche de la jornada electoral de noviembre en la que los norteamericanos le han otorgado en las urnas el máximo poder político sobre la faz de la tierra. Y el tercer episodio mágico se produce cuando aún faltan algunos meses para las elecciones, al aceptar la nominación de su partido.

Las cuatro jornadas de la convención nacional del Partido Demócrata de Estados Unidos llegaban a su fin. Uno de los días se destinaba a la votación para elegir al candidato. Y el último se dedicaba, casi en exclusiva, a escuchar el discurso del vencedor y darle el apoyo para que inicie su camino hacia las elecciones presidenciales con todo el impulso de los suyos.

Nathalie Brooks estaba en los camerinos reservados para ella, su familia, sus amigos más cercanos y su equipo de campaña. En el pabellón, repleto, se emitía un vídeo hagiográfico sobre su persona y sus éxitos políticos. Se veían fotos de su infancia en Arizona, en los años sesenta. Aquella niña con

falda corta jugaba con su padre, héroe de la Segunda Guerra Mundial, condecorado por el presidente Eisenhower e histórico miembro del partido. Fue un hombre curtido en los campos de batalla de Europa, que vivió para ver el nuevo siglo cuando ya había superado los ochenta. Su madre, siempre enfermiza, había muerto prematuramente cuando ella era una niña.

En la gran pantalla del Fiserv Forum se recuperaron las imágenes de la joven Nathalie en la universidad, en su primera campaña política para ser miembro del Congreso estatal de Arizona y en aquella victoriosa noche electoral en la que fue elegida gobernadora contra todo pronóstico. Rostro juvenil, de la mano de su marido Carl, con sus dos hijas pequeñas y con toda una carrera por delante. Nathalie, en un gesto de afirmación feminista, había decidido romper con la tradición de adoptar el apellido de su esposo y quiso mantener el de su padre. Eso, que podía haber sido polémico, se convirtió en un elemento más de fortaleza política entre su electorado, especialmente con las mujeres jóvenes.

La voz profunda del locutor que relataba todos esos hitos recitó la frase final, la música se desvaneció y la pantalla encadenó el último plano. Después se oscureció y también las luces del pabellón se apagaron de repente. Y de la misma forma, un único foco deslumbrante apuntó hacia el escenario cuando Nathalie Brooks se hizo presente. Sonrisa amplia, perfección en el maquillaje, hermoso traje de falda y chaqueta en tonos pastel de no menos de tres mil dólares, pin con la bandera americana en la solapa, saludos a derecha e izquierda, paso firme. Carl y sus hijas aplaudían desde un palco. Nathalie era la persona del momento. Pocos apostaban por ella hacía apenas unos meses. Hoy, sin embargo, era la esperanza de, como poco, la mitad de la nación y de más de medio mundo en su proyecto de evitar que volvieran al poder los modos del expresidente Richard Banks en la figura de su hijo Richard Banks II. Y también era la esperanza de muchas mujeres por conseguir, finalmente, que una de ellas alcanzara el cargo político más poderoso del mundo.

—Gracias, gracias. Gracias, amigos. Muchas gracias.
—Brooks se dirigía a una multitud que no quería interrumpir

la ovación. El entusiasmo político desbordaba aquel lugar, más acostumbrado al entusiasmo deportivo.

La candidata mantenía la escena bajo control. Desde muy niña, su padre había enseñado a la pequeña Nathalie la importancia de gestionar las emociones, especialmente en momentos determinantes de la vida: «La serenidad es superioridad», solía decirle a su hija, que siempre lo recordaba cuando sentía que el ánimo se le agitaba y que las palpitaciones amenazaban con quebrantar su aplomo.

Cinco minutos antes de subir al estrado, había ordenado a todos sus ayudantes y asesores que la dejaran sola. Incluso tuvo que imponerse sobre el responsable de los agentes del servicio secreto que tenían asignada la seguridad de la candidata. Ellos también tuvieron que abandonar la sala y esperar al otro lado de la puerta. En aquel momento de soledad, Nathalie se acercó a una ventana con vistas al tráfico de la calle, apartó la cortina y, con la mirada perdida en el horizonte, acarició con los dedos el anillo que colgaba de su elegante cadena en el cuello. Las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro recién maquillado, aunque eso no produjo un solo movimiento en los músculos faciales. Era como si los lagrimales tuvieran autonomía para actuar, sin por ello provocar un llanto incontrolable. Sabía que necesitaba llorar, pero no quería que ocurriera durante su discurso, a la vista de todos. Lo haría ahora, se desahogaría sola, con su padre en la memoria, con la fortaleza de espíritu que le aportaba su pasado y con la expectativa del futuro inmediato, del objetivo que podía cumplir y que solo ella y una persona más en el mundo conocían. Tenía miedo, estaba aterrorizada, pero nadie lo sabía. Jamás.

Pasados un par de minutos, Nathalie decidió que ya era suficiente. Fue al baño, se miró en el espejo, secó sus mejillas y reparó con un ligero toque cosmético los casi inapreciables surcos que habían provocado las lágrimas. Revisó con especial cuidado sus ojos. No quería que aparecieran vidriosos. Nadie debía sospechar que había llorado. Daría imagen de debilidad. Eso no podía ocurrir y no iba a ocurrir. Estaba convencida de que la sensación de fortaleza de ánimo que ofre-

cía era, precisamente, el motivo principal por el que había sido capaz de vencer a la vicepresidenta de Estados Unidos en las elecciones primarias. Es lo que aprendió de su padre: era imprescindible ser fuerte. Pero, además, debía parecerlo.

La organización había ubicado a un lado y a otro del atril unas pequeñas pantallas de cristal transparente que sirven para que los oradores puedan leer su discurso sin que parezca que están leyendo. Brooks saludó a las autoridades del partido, a su equipo de campaña y a Rachel Brady, vicepresidenta de Estados Unidos y su candidata a vicepresidenta. Su designación se había convertido en una noticia de ámbito planetario, de la que se informaba sin pausa en todos los medios de comunicación. Nadie esperaba ese golpe de efecto ni tal muestra de generosidad política de Nathalie Brooks. La candidata se dirigió entonces a sus «compatriotas de esta gran nación».

—Con una profunda gratitud y una gran humildad, acepto vuestra nominación para la presidencia de los Estados Unidos.

Más de dieciocho mil personas se pusieron en pie como un resorte, gritando y aplaudiendo a esa mujer a la que habían confiado sus esperanzas políticas para las elecciones de noviembre. Mientras, dirigentes políticos de todo el mundo asistían a la escena en directo por televisión preguntándose en qué acabaría aquello y quién era de verdad Nathalie Brooks.

A ESA MISMA HORA EN MOSCÚ

—Señor presidente, buenos días. Son las cinco de la mañana.

El diligente secretario particular hizo sonar el teléfono a la hora en la que se lo había pedido su jefe. Pronunció aquellas palabras con voz tenue para no molestar a un hombre somnoliento, pero con la solemnidad que regía su tarea de servicio al presidente de la Federación Rusa.

—Gracias, Grigori —respondió Karlov mientras se despe rezaba, buscaba el mando a distancia del televisor de su habitación y apretaba el botón sin levantarse de la cama.

A ocho mil seiscientos noventa kilómetros de Milwaukee, cuando en esa ciudad americana era la noche del 17 de agosto, marcaban las cinco de la madrugada del 18 de agosto en Moscú. Iván Karlov solía levantarse temprano cada día. Era su rutina desde los años setenta, cuando empezó a trabajar para el KGB recién terminada su carrera de Derecho en esa hermosa ciudad que entonces se llamaba Leningrado. Pero pocas veces madrugar significaba que le despertaran a las cinco. Esta vez, sí. Karlov quería ver con sus propios ojos y en directo un acontecimiento increíble que tenía lugar a ocho husos horarios de distancia hacia el oeste. Ni los más optimistas responsables del espionaje soviético pensaban que aquello acabaría ocurriendo. Pero nunca había estado más cerca de ocurrir. Lo que décadas atrás planificaron casi como un ejercicio de ensayo en el servicio de inteligencia, una especie de juego de guerra fría, se transformaba ahora en un reto y una oportunidad que podía cambiar el mundo de una forma nunca antes explorada. El presidente, a pesar de estar aún adormecido, se sentía henchido de orgullo. «Seguimos siendo superiores; los americanos nunca podrán con nosotros», pensó mientras pulsaba el mando a distancia del televisor.

A Karlov le gustaba ver Russia Today (RT), la cadena televisiva de su creación que pretendía servir para contrarrestar la «propaganda occidental antirrusa» de la CNN o la BBC. Hacía años que RT emitía desde Moscú a todo el mundo en varios idiomas para ofrecer la visión rusa de las cosas que pasan. Pero esta vez Karlov quería regodearse, precisamente, viendo el evento a través de la emisión internacional de la CNN.

El presidente de Rusia se incorporó, pero no salió de la cama. Apoyó su espalda en el cabecero y dejó que los menos de ciento setenta centímetros que abarcaba su cuerpo, desde el pelo hasta las uñas de sus pies, se desperezaran quedamente soportados por su cómodo colchón presidencial. Estaba pletórico.

—Estados Unidos no puede volver atrás —decía Brooks desde la pantalla del televisor del presidente Karlov—. Nunca más permitiremos que potencias extranjeras se entrometan en nuestro proceso democrático para manipular el resultado de las elecciones, como ocurrió en 2016 y como intentaron

hacer de nuevo en 2020. La trama rusa no triunfará. América prevalecerá.

Miles de personas se pusieron en pie para ovacionar a su candidata antes de que cerrara su discurso. Karlov veía la escena sin apenas contener una sonrisa de satisfacción. Se sentía poderoso.

—Hay mucho trabajo por hacer —continuó Brooks—, muchos niños por educar, muchas personas mayores a las que cuidar, una economía que mejorar, ciudades que reconstruir, granjas que preservar, familias a las que proteger. Caminemos juntos hacia el futuro. Mantengamos nuestra promesa, la promesa de América. Gracias. Que Dios os bendiga y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

Cientos de banderas con las barras y las estrellas ondearon al aire cuando los asistentes al discurso de la candidata demócrata aplaudían con pasión a esa mujer que les ofrecía determinación, carisma, seguridad y un país mejor. Brooks sonreía a un lado y a otro del escenario. Saludaba con la mano derecha en alto. Soñaba con el poder.

Mientras, en la habitación de Moscú, a las cinco de la madrugada, Iván Karlov agotaba su taza.

—Grigori, tráigame otro café, por favor —dijo a través del teléfono.

—De inmediato, señor presidente.

MOSCÚ, HORAS DESPUÉS

A tres kilómetros del lugar en el que se acababa de despertar el presidente de Rusia, un anciano también había madrugado, aunque para él levantarse a las cinco de la mañana era su rutina diaria. A su edad, lo difícil era dormir más allá de esa hora. Pero esta madrugada la había pasado casi en blanco. La cabeza trabajaba sin descanso. Debía hacer algo, pero no tenía certeza de qué sería lo mejor.

Cuando aún no había amanecido en Moscú, el viejo Boris Kovalev se puso en pie tembloroso. El temor era un sentimiento que en su juventud soviética le habían enseñado a

controlar: «El miedo te puede costar la vida», le decían sus maestros. Pero aquella mañana sentía las pulsaciones de su corazón en las sienes. Estaba abrumado por la incertidumbre y por el peso de la responsabilidad, porque sabía algo que casi nadie más en el mundo conocía. Era demasiado importante como para guardárselo e ignorarlo. Pero no estaba seguro de cómo actuar: una decisión errónea podía tener resultados catastróficos.

Encendió su ordenador portátil, se conectó a internet y buscó la emisión en *streaming*. Ya sabía lo que iba a ver. Lo sabía, como cualquier persona interesada por las cuestiones políticas, desde que los resultados de las elecciones primarias del Partido Demócrata de Estados Unidos se decantaron claramente por Nathalie Brooks. Había confiado en que algún acontecimiento inesperado lo impidiera. Sin embargo, aquello se les había ido de las manos.

El discurso de Brooks duró una hora. A los pocos minutos, Boris dejó de mirar la pantalla de su ordenador, dio unos pasos y llegó hasta la ventana de su pequeño salón. Mientras escuchaba, ya casi con desdén, la letanía de la candidata demócrata a la presidencia de Estados Unidos, Kovalev observaba cómo el tenue sol moscovita de aquella mañana de verano empezaba a asomar por encima de los tejados circundantes.

—¡No permitiremos más injerencias de Rusia en nuestros asuntos! —gritaba Brooks desde los altavoces de la computadora. En la soledad de su apartamento, Boris puso una mueca parecida a una sonrisa melancólica al escuchar esas palabras. «¿Qué hago?», se preguntó a sí mismo en silencio. Y la duda definitiva: «¿Debo dejarlo pasar porque ya soy viejo para esto o, precisamente porque ya soy viejo y no tengo nada que perder, debo realizar este último servicio?».

—Que Dios os bendiga y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

Brooks terminó su discurso, Kovalev se apartó de la ventana y apagó su ordenador. Había tomado su decisión: hablaría con ellos y se lo contaría todo. Sí, habían pasado muchos años. Demasiados. Llegó a pensar que nunca más tendría que recuperar el contacto. Pero ahora era obligado hacerlo.

Ni siquiera sabía si seguían vivos o si estarían impedidos. Eran algo más jóvenes que él. Debía intentarlo.

A las nueve de la mañana, aseado y recién desayunado, Boris salió a la calle con su paso lento habitual. Dejó el teléfono en casa para que el localizador no dejara rastro alguno del lugar al que se dirigía. Saludó a varios vecinos que iban a sus trabajos. Bajó al metro y se dirigió hacia un barrio de las afueras de la ciudad para que aquello que iba a hacer no ocurriera cerca de su domicilio y algún avisado investigador pudiera relacionarlo con él. Media hora después, volvió a la superficie y buscó una cabina telefónica concreta. Cada vez había menos, porque los móviles las habían hecho desaparecer casi por completo. Pero aún quedaban algunos. Y Boris conocía uno en concreto. Necesitó dar un paseo a pie de otros treinta minutos. Estaba en un lugar poco transitado. Tampoco había cámaras de tráfico en la zona. Y el comercio más cercano se encontraba a unos trescientos metros, con lo que su cámara de seguridad, si es que la tenía, difícilmente podría dar de él una imagen nítida.

Boris recordaba el número de memoria. Nunca lo había apuntado en ningún papel por razones obvias. Discretamente, se enfundó las manos con guantes de látex para no dejar huellas y marcó con determinación el prefijo de Suiza y los dígitos de un teléfono fijo de la ciudad de Berna. ¿Seguiría vi- viendo allí? ¿Seguiría vivo?

La señal sonó tres veces y finalmente alguien descolgó. Era una voz de mujer.

—Buenos días, señora. ¿Está Leonard? —preguntó Kovalev en el alemán que había aprendido en su juventud durante su larga estancia en la República Democrática Alemana.

—¿Leonard? —preguntó extrañada la mujer—. Aquí no vive ningún Leonard.

—Dígale a su marido que le ha llamado alguien preguntando por Leonard —inquirió Kovalev.

—No le entiendo, señor —respondió.

—¿Está su marido en casa? —Boris ni siquiera estaba seguro de que esa mujer fuese la esposa, pero la pregunta le serviría para descubrirlo.

—No, ha salido. —En efecto, era la esposa de alguien, aunque no podía saber si se trataba de la persona con la que intentaba contactar; aun así, insistió porque no tenía otra opción.

—Pues hágame el favor de decirle a su marido que ha llamado alguien preguntando por Leonard. Leonard. No lo olvide. Muchas gracias.

Boris colgó sin dar tiempo a que la mujer respondiera. Solo podía confiar en que trasladara el mensaje.

Kovalev recorrió un camino de vuelta distinto al utilizado para llegar hasta la cabina. Regresaba al pequeño hogar que las autoridades le asignaron tiempo atrás por su apasionada labor de toda una vida como agente del KGB al servicio del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Conocía bien a Iván Karlov. Kovalev fue el responsable de la unidad de contraespionaje a la que perteneció el ahora presidente de Rusia, también espía del KGB en su juventud, cuando fue destinado a la RDA hacía cuatro décadas. Karlov sentía un gran aprecio personal y profesional por Kovalev, al que honró recientemente con una visita, el día en el que el viejo Boris cumplió ochenta años. Sí, era mayor, pero se mantenía en razonable buena forma y era capaz de valerse por sí solo. Tampoco le quedaba otro remedio, porque no tenía a nadie con él, aunque una empleada de hogar acudía un par de veces a la semana para ayudarle con las cosas de la casa. Estaba viudo y su hijo vivía en Londres, como tantos otros rusos que se lo podían permitir. Había estudiado allí y ahora trabajaba en una multinacional con sede en la capital británica. Aunque la pensión de Boris era limitada, como todas, su hijo le enviaba dinero periódicamente para que viviera con más holgura.

Llevaba treinta años en aquel apartamento de una habitación, sin alarde alguno, en un edificio de arquitectura soviética. No distaba mucho de ser una colmena. Pero no se quejaba porque, además, tenía su dacha a las afueras de Moscú gracias a los servicios prestados. Allí disfrutaba del buen tiempo y la naturaleza cuando terminaba el invierno. Sabía que muchos compatriotas considerarían todo eso como un privilegio inalcanzable. Era el privilegio que se había ganado como servi-

dor del Estado soviético. En aquel tiempo, lo tenía todo muy claro. Ahora, con la experiencia propia de su edad y con la sabiduría acumulada a lo largo de los años, todo era distinto y, paradójicamente, le martirizaba la duda. ¿Estaba traicionando a su país o lo estaba salvando? ¿Era un patriota o un traidor? Quizá sus viejos amigos pudieran resolver esas incertidumbres, suponiendo que contactaran con él. Boris quedó a la espera.

BERNA (SUIZA), A ESA MISMA HORA

En Berna, Anna, la mujer que acababa de atender la misteriosa llamada de un extraño, se asustó. No entendía lo que pasaba, pero intuía que no era bueno. Para salir de dudas, buscó de inmediato su teléfono móvil y llamó a su marido.

—Arnie, ha ocurrido algo muy raro —le dijo alarmada—. Un hombre con acento extranjero ha llamado al teléfono de casa preguntando por un tal Leonard.

Arnie tardó dos largos segundos en reaccionar. ¿Por qué se preocupaba su mujer si parecía evidente que alguien había llamado al teléfono equivocado? A todo el mundo le ha ocurrido alguna vez. Pero, de repente, un lejano recuerdo hizo que se quedara petrificado.

—¿Arnie? —inquirió Anna ante el espeso silencio de su marido.

Arnie seguía sin reaccionar. Tenía el móvil pegado a la oreja mientras su mirada se había perdido en la lejanía sin ningún destino específico. Leonard. Leonard... ¿Sería Boris? ¿Tantos años después? Hacía mucho tiempo que había dado por superado aquel periodo de su vida. Pero, inesperadamente, estaba allí de nuevo. Respiró hondo tratando de asumir la situación. Si la llamada era de su amigo ruso y si se había visto obligado a algo así, es que las cosas iban mal. O, aún peor, extraordinariamente mal. Por fin, pudo activarse de nuevo.

—Sí, sí, gracias, cariño. No te preocupes. Será alguien que se ha equivocado. Si vuelve a llamar, me lo dices y entonces

hacemos algo, pero seguro que no es nada —trató de calmar a su esposa, sin mucho éxito.

Pero, en efecto, Boris no volvería a llamar. Las instrucciones estaban claras desde los tiempos de la Guerra Fría: se haría una sola llamada en la que únicamente se citaría el nombre de Leonard como clave. Lo demás ya llegaría. Y lo demás era que a Arnie le correspondía de inmediato hacer su labor de enlace.

Arnie era Arnold Breuer, un ciudadano suizo de setenta años, antiguo agente del FIS, el servicio de espionaje de su país. Ahora se dedicaba a negocios financieros. Tres décadas atrás había realizado discretas labores de mediación entre los servicios de inteligencia del Este y del Oeste para engrasar situaciones que chirriaban y que podían amenazar con llegar a mayores. Su tarea fue especialmente secreta y significativa cuando en 1983 Ronald Reagan lanzó la Iniciativa de Defensa Estratégica, que pasó a la historia con el sobrenombre de «Guerra de las Galaxias». La idea era genial, si no fuera porque resultaba muy difícil de desarrollar. Consistía en lanzar al espacio un sistema capaz de detectar y destruir los misiles nucleares enemigos en plena trayectoria, antes de que cayeran a tierra y estallaran provocando una masacre. De facto, un sistema como ese terminaría con la Guerra Fría. Si funcionaba, Estados Unidos sería la única superpotencia sobre la faz del planeta porque dejaría de ser importante cuántos misiles nucleares tuviera la Unión Soviética: ninguno podría alcanzar su destino y, por tanto, desaparecería el principio de la disuasión nuclear por la seguridad de la destrucción mutua.

A la Guerra de las Galaxias se añadía la amenaza de despliegue de los nuevos misiles americanos Pershing II en territorio alemán occidental, a tiro de piedra del Telón de Acero.

En Moscú llegaron a estar convencidos de que los ejercicios militares de la OTAN bautizados como Able Archer 83, en noviembre de aquel año, eran en realidad los preparativos de un ataque nuclear fulminante, definitivo y sin respuesta posible. En el Kremlin tenían tal seguridad en lo que supuestamente iba a ocurrir que el secretario general del PCUS, el exjefe del KGB Yuri Andropov, estuvo a punto de desencadenar un ata-

que preventivo con misiles atómicos. Atacar antes de ser atacados. Arnold Breuer tuvo que desplegar toda su capacidad de convicción ante sus interlocutores soviéticos para hacerles ver que no existía riesgo de agresión aliada. Y lo consiguió. El mundo se salvó de una guerra nuclear, por muy poco.

Arnold conoció entonces a Boris Kovalev, alto responsable del SVR, y a Charles McKenzie, alto responsable de la CIA, y sirvió de enlace entre ambos para resolver la crisis del año ochenta y tres. A partir de aquel momento, se entabló entre ellos un alto grado de confianza —toda la que cabe entre agentes de servicios de inteligencia enemigos—, y establecieron un mecanismo de contacto permanente y secreto. Solo ellos tres lo conocerían. Ni los jefes de Kovalev ni los de McKenzie ni los de Breuer en el departamento suizo de inteligencia debían de estar al tanto de esa iniciativa, porque era la única manera de saber —hasta donde es posible saber entre adversarios— si algo que ocurría era cierto o solo fruto de la paranoia provocada por la Guerra Fría. Ni McKenzie ni Kovalev se fiaban de los servicios secretos enemigos, pero tampoco de los propios.

Si Kovalev había desempolvado aquel mecanismo de contacto después de tantos años, cuando tanto él como McKenzie estaban jubilados hacía tiempo, es que se presentaba un problema serio que resolver.

Breuer esperó un par de horas. Es el tiempo que faltaba para que amaneciera en Tampa, al oeste del estado de Florida. Si llamaba a las siete de la mañana, casi con seguridad sería él quien respondería al teléfono porque no habría salido de casa, suponiendo que aquella siguiera siendo su casa y suponiendo que él estuviera vivo todavía. Y así fue. De hecho, seguía en la cama.

—*Hello!* —dijo con la voz propia de quien hacía solo unos minutos había abierto los ojos y extrañado de que alguien llamara tan temprano.

—Hola. ¿Está Blake? —soltó Arnold sin más ceremonial.

Charlie McKenzie balbuceó durante un instante. Estaba a punto de decirle a su inesperado interlocutor telefónico que en esa casa nadie se llamaba así. Pero un segundo después se percató de lo que ocurría y quedó congelado por la sorpresa.

—Perdón, ¿puede repetir?

—Pregunto por Blake —insistió Arnold en el auricular del teléfono.

Sí, McKenzie ya reconocía esa voz, y también reconocía la clave.

Establecieron treinta años atrás que Kovalev y Breuer contactarían mediante el nombre «Leonard». McKenzie y Breuer lo harían con «Blake». Y Kovalev y McKenzie nunca se llamarían directamente entre sí: el intermediario sería Breuer.

Ahora, el agente de la CIA, ya retirado, volvía a escuchar aquella clave y aquella voz. Algo urgente y grave debía pasar porque desde hacía años pensaba que nunca más se activaría el método de contacto que esos tres hombres habían ideado tanto tiempo atrás.

Lo siguiente que pensó, y que le provocó un enorme disgusto, es que ese día no podría jugar al golf, como tenía previsto.

—No es aquí. Se ha equivocado de número —dijo Charlie antes de colgar.

McKenzie rebuscó en su memoria de largo plazo para recordar qué le correspondía hacer ahora, según los planes establecidos. La primera instrucción ya se había cumplido: que Breuer llamara preguntando por Blake. La segunda, también: responder que se había equivocado y colgar. La tercera, siguiendo el protocolo, sería reunirse con sus viejos colegas al cabo de tres días, a las ocho de la tarde, en el pub irlandés O'Connors, en Londres, muy cerca de Coventry Street, a diez minutos de paseo de Trafalgar Square. Estaba previsto que Arnold se encargara de hacer la reserva, como en las ocasiones anteriores. De todo esto, lo único que se dijo a través del teléfono fueron los nombres Blake y Leonard. Todo lo demás lo sabían y evitaban verbalizarlo.

Aquella noche, Charlie le dijo a su mujer que tendría que viajar a Londres precipitadamente por la enfermedad de un viejo amigo del servicio. Regresaría pronto, en cuatro o cinco días. Tuvo que emplearse a fondo para conseguir que Grace se quedara en Tampa porque le encantaba Londres y quería acompañar a su marido.